

cuidadosamente para que no se les apague, viven bajo el comunismo primitivo, sin darse jefes. En el interior de sus pueblos no hay querellas que valgan la pena de mencionar. Trabajan en común lo más preciso para obtener lá comida diaria; crían a sus hijos en común, y por la noche se adornan tanto como pueden y danzan. Como a todos los salvajes, la danza les gusta mucho. Cada pueblo tiene su *barla* o *balai*—la «casa larga» o «casa grande»—para los solteros, para las reuniones sociales y para la discusión de los asuntos comunes, lo cual es otro rasgo común a la mayor parte de los habitantes de las islas del Océano Pacífico, a los esquimales, a los pielesrojas, etc. Grupos enteros de pueblos viven en excelentes relaciones y se hacen unos a otros visitas en bloque.

Desgraciadamente, los conflictos no son raros, no a causa de la «surpoblación del país» o de una «ruda competencia» o de otras invenciones semejantes de un siglo mercantil, sino principalmente a causa de las supersticiones. Tan pronto como cae enfermo uno de ellos, se reúnen sus amigos y parientes y se ponen a discutir sobre lo que puede ser causa de su enfermedad. Pasan revista a todos los enemigos posibles, cada uno confiesa sus propias querellas, y al fin descubren la «verdadera» causa. Un enemigo del pueblo vecino atrajo el mal sobre el enfermo y acuerdan un ataque contra el pueblo. Esta es la causa de querellas frecuentes, hasta entre los pueblos de la costa, sin hablar de los canibales de las montañas, que son considerados como hechiceros y verdaderos enemigos, por más que, conocidos mejor, se ve exactamente que son la misma clase de gentes que sus vecinos de la costa.

Podríanse escribir páginas interesantes sobre la armonía que reina en los pueblos polinesios de las islas del Pacífico. Pero pertenecen a una fase más avanzada de la civilización. Así que tomaremos nuestros ejemplos del extremo Norte. De todos modos es necesario mencionar, antes de abandonar el hemisferio Sur, que hasta los fuegianos, cuya reputación era tan mala, aparecen bajo mejor aspecto desde que principian a ser más conocidos.

Algunos misioneros franceses que han permanecido entre ellos «no han conocido ningún acto de malevolencia de que puedan quejarse». En sus clanes, compuestos de ciento veinte a ciento cincuenta personas, practican los fuegianos el mismo comunismo primitivo que los papús; se lo reparten todo en común y tratan muy bien a sus viejos; la paz reina entre estas tribus.

Los esquimales y sus congéneres más cercanos, los thlinkets, los kolochos y los aleutas, son los ejemplos más aproximados de lo que el hombre puede haber sido durante el período glacial. Sus utensilios apenas difieren de los del hombre paleolítico, y algunas tribus ni siquiera conocen la pesca; hieren simplemente al pez con una especie de harpón. Conocen el uso del fuego; pero lo reciben de los europeos o lo encuentran sobre los buques naufragados. Su organización social es muy primitiva, aunque ya salieron de la fase del «matrimonio comunal», hasta con las restricciones del clan. Viven en familias, pero los lazos de familia se rompen a menudo: los maridos y las mujeres se cambian frecuentemente. Las familias, no obstante, permanecen reunidas en clanes. ¿Podría ser de otro modo? ¿Cómo podrían sostener la dura lucha por la vida sin unir estrechamente todas sus fuerzas? Y así hacen. Y los lazos de tribu son mucho más estrechos allí donde la lucha por la vida es más dura, como por ejemplo, en el Noroeste de la Groenlandia. La «casa larga» es su habitación usual y la habitan varias familias, separadas una de otra por pequeños tabiques de pieles usadas, con un pasadizo común delante. A veces la casa afecta la forma de una cruz, y en este caso el fuego común se mantiene en el centro. La expedición alemana que pasó un invierno cerca de una de estas «casas largas», pudo certificar que «ninguna querella turbó la paz, ninguna disputa se armó por el uso de este estrecho espacio» durante todo el largo invierno. Los reproches, hasta las palabras malsonantes, las consideran como una ofensa si no se pronuncian según la forma acostumbrada, la canción burlesca, cantada por las mujeres, el «nithsong».

Una estrecha cohabitación y una estrecha dependencia

mutua bastan para mantener siglo tras siglo este profundo respeto a los intereses de la comunidad que caracteriza la vida de los esquimales. Hasta en sus comunidades más grandes «la opinión pública forma el verdadero tribunal, y el castigo ordinario es una censura al culpable en presencia de la comunidad.»

La vida de los esquimales está basada sobre el comunismo. Lo que se captura en la pesca o en la caza pertenece al clan. Pero en varias tribus, particularmente al Oeste, bajo la influencia de los daneses, la propiedad privada penetra en las instituciones. Sin embargo, poseen un medio propiamente suyo para obviar los inconvenientes que nacen de una acumulación de riquezas personales que destruiría pronto la unidad de la tribu. Cuando un hombre se ha hecho rico, invita a toda la gente de su clan a una gran fiesta, y después que todos han comido abundantemente les distribuye toda su fortuna. En el río Yukon, Dall vió a una familia aleuta distribuir de este modo diez fusiles, diez vestidos completos de pieles, doscientos collares de perlas de vidrio, numerosos abrigos, diez pieles de lobo, doscientas de castor y quinientas de cibelina. Después de esta distribución los donantes se despojaron de sus vestidos de fiesta, los dieron y endosándose viejas pieles destrozadas, dirigieron algunas palabras a su clan, significando que aunque se hubiesen vuelto más pobres que algunos de entre ellos, en cambio habían ganado su amistad. Estas distribuciones de riquezas parece que son una costumbre ordinaria en los esquimales y tienen lugar en ciertas estaciones, después de una exposición de todo lo que se han procurado durante el año. A mi modo de ver, estas distribuciones revelan una institución muy vieja, contemporánea de la primera aparición de la riqueza personal; deben haber sido un medio de restablecer la igualdad entre los miembros del clan cuando esta igualdad quedaba rota por el enriquecimiento de algunos. Los nuevos repartos de tierras y la anulación periódica de todas las deudas que han tenido lugar en las épocas históricas en tantas razas diferentes (semitas, aryas, etc.), deben haber sido un resto de esta vieja costumbre. Y la costumbre de quemar con el muerto o de destruir sobre su tumba todo lo que

le había pertenecido personalmente—costumbre que hallamos en todas las razas primitivas—debe haber tenido igual origen. En efecto, mientras todo lo que ha pertenecido *personalmente* al muerto se quema o se destruye sobre su tumba, no se destruye nada de lo que le perteneció en común con la tribu, por ejemplo, los botes o los instrumentos comunes para la pesca. Únicamente se destruye la propiedad personal. En época posterior esta costumbre se convierte en una ceremonia religiosa: se le da una interpretación mística y la impone la religión, cuando la opinión pública no es por sí sola capaz de imponerla a todos. Por último, se la sustituye, sea quemando únicamente los modelos de los bienes del muerto (como se efectúa en China), sea simplemente conduciendo estos bienes sobre su tumba y retornándolos a la casa al final de la ceremonia, costumbre que aún está en vigor entre los europeos con las espadas, las condecoraciones y otras señales de distinción (1)

A menudo se menciona la elevación de la moralidad mantenida en el seno de los clanes esquimales. Sin embargo, los siguientes datos sobre las costumbres de los aleutas, proporcionados por uno de los hombres más notables, el misionero ruso Veniaminoff, darán una idea más clara de la moral de los salvajes en su conjunto. Han sido escritos después de una permanencia de diez años entre los aleutas. Las resumo conservando en lo posible sus propias palabras:

«Su resistencia—escribe—es su rasgo principal. Es prodigiosa. No tan sólo se bañan cada mañana en el helado mar y permanecen desnudos sobre la orilla, respirando el viento glacial, sino que su resistencia, hasta cuando tienen que efectuar un duro trabajo con una alimentación insuficiente, traspasa todo lo que puede imaginarse. Durante una carestía prolongada, el aleuta piensa primero en sus hijos, dándoles todo lo que tiene, mientras él ayuna. No están inclinados al robo; esto ya lo observaron los primeros emigrantes rusos. No es que no roben alguna vez; cualquier aleuta confesará haber robado alguna cosa, pero es siem-

(1) Véase apéndice VIII.

pre una bagatela, una verdadera inocentada. La abnegación de los padres para sus hijos es conmovedora, aunque jamás se expresa con palabras o caricias. Dificilmente se obtiene una promesa de un aleuta, pero cuando ha prometido mantendrá su palabra, suceda lo que quiera. (Un aleuta regaló a Veniaminoff pescado salado que fué olvidado sobre la costa en la precipitación de la marcha. Lo retornó a su casa y no tuvo ocasión de enviarlo al misionero hasta el mes de Enero siguiente, y en Noviembre y Diciembre hubo gran carestía de alimento en el campamento. Pero ninguno de los hambrientos aleutas tocó el pescado, y en Enero fué enviado a su destino.) Su código de moralidad es a la vez variado y severo. Se considera vergonzoso temer una muerte inevitable, pedir gracia a un enemigo, morir sin haber matado un enemigo, hacer zozobrar un bote en el puerto, espantarse de hacerse a la mar con temporal, ser el primero en caer enfermo a causa de falta de alimento durante una expedición o en el curso de un largo viaje, demostrar avaricia cuando se reparte el botín—en este caso los demás le dan su parte para avergonzarle—; divulgar un secreto de los asuntos públicos a su mujer; cuando los van de caza es vergonzoso no ofrecer la mejor presa al compañero; vanagloriarse de sus acciones, sobre todo si son imaginarias; dirigir reproches a nadie en tono despreciativo. Igualmente es vergonzoso mendigar, requebrar a su mujer en presencia de otras personas y danzar con ella; cerrar un trato por sí mismo: la venta debe hacerse siempre por intermediación de una tercera persona que fija el precio. Para una mujer es vergonzoso no saber coser, danzar ni hacer toda clase de labor femenina; acariciar a su marido o a sus hijos, o hablar de su marido en presencia de un extranjero.»

Tal es la moral aleuta, de la que podría darse una idea más completa relatando sus cuentos y sus leyendas. Quiero agregar que, cuando Veniaminoff escribía (en 1840), no se había cometido un solo asesinato desde el último siglo en una población de 60.000 habitantes, y que entre 1.800 aleutas ni una sola violación de derecho común se había cometido en el espacio de cuarenta años. Esto no parecerá extraño si hacemos observar que los reproches, el des-

precio y el uso de las palabras groseras son absolutamente desconocidos en la vida aleuta. Los mismos muchachos no se baten ni se dicen nunca palabras injuriosas. Todo lo más que dicen es: «Tu madre no sabe coser» o «tu padre es tuerto». Es muy interesante hacer constar que varios escritores han descrito a los ostyaks y a los samoyedos casi en los mismos términos. «Hasta cuando están borrachos sus disputas son insignificantes.» «En cien años se cometió un sólo asesinato en la *tundra*.» «Sus niños no se baten nunca.» «Puede uno dejar lo que quiera, durante años, en la *tundra*, hasta alimento o aguardiente, y nadie lo tocará.» Y así por el estilo. Gilbert Sproat no ha «sido jamás testimonio de una batalla entre dos nativos que no hayan bebido» en los indios Aht de la isla de Vancouver. «Las disputas son raras asimismo entre los niños», y así siempre por el estilo.

Muchos rasgos de la vida salvaje continúan siendo, sin embargo, un enigma para los europeos. El gran desarrollo de la solidaridad en la tribu y los buenos sentimientos hacia sus semejantes que animan a los primitivos, podríamos demostrarlos con un gran número de testimonios dignos de fé. Y, sin embargo, no es menos cierto que estos mismos salvajes practican el infanticidio; que en ciertos casos abandonan a sus viejos y que obedecen ciegamente las reglas de la venganza de sangre. Por consiguiente, nos es necesario explicar la coincidencia de hechos que, para un espíritu europeo, parecen tan contradictorios a primera vista. Ya he dicho que el padre aleuta se privará durante días y semanas para dar todos los víveres que posee a sus hijos, y que la madre bosquímana se hace esclava para seguir a su hijo, y páginas enteras podrían llenarse describiendo las relaciones verdaderamente *tiernas* que existen entre los salvajes y sus hijos. Sin cesar tienen los viajeros ocasión de citar ejemplos. En uno leeréis la descripción del profundo amor de una madre; en otro veis un padre corriendo locamente a través del bosque llevando sobre sus espaldas a su hijo, a quien mordió una serpiente; lo bien es un misionero que cuenta la desesperación de los padres a la muerte del mismo hijo, que, recién nacido, habían salvado de la in-

molación algunos años atrás; o bien sabréis que la «madre salvaje» amamanta generalmente a sus hijos hasta la edad de cuatro años, y que, en las Nuevas Hébridas, a la muerte de un hijo particularmente amado, su madre o su tía se mata para ir a cuidarle en el otro mundo.

Hechos semejantes se encuentran en abundancia, de modo que, cuando se ve a estos mismos padres afectuosos practicando el infanticidio, vémonos obligados a reconocer que esta costumbre (hayan sido las que fueren sus transformaciones ulteriores) ha debido originarse bajo la presión de la necesidad, como una obligación para con la tribu y un expediente para poder criar a los hijos mayores. El hecho es que los salvajes no se multiplican «sin ninguna restricción», como se anticipan a decir algunos escritores ingleses. Al contrario, toman toda clase de medidas para disminuir los nacimientos. Toda una serie de restricciones que los europeos hallarían extravagantes, se imponen a este efecto, se obedecen estrictamente, y, a pesar de todo, los primitivos no pueden mantener a todos sus hijos. De todos modos se ha observado que tan pronto como logran aumentar sus medios de subsistencia de un modo regular, abandonan la práctica del infanticidio. En suma, los padres obedecen mal de su grado a esta obligación, y tan pronto como pueden recurren a toda clase de compromisos para salvar la vida de sus recién nacidos. Como ha demostrado muy bien mi amigo Elías Reclús, inventan los días de nacimiento faustos e infaustos; ensayan demorar la sentencia algunas horas, y dicen entonces que si el bebé ha vivido un día, debe vivir toda su vida natural. Oyen los gritos de los pequeños viniendo del bosque, y dicen que estos gritos, si han sido escuchados, son presagio de desgracia para la tribu, y como no tienen nodrizas ni casas de expósitos para desembarazarse de sus recién nacidos, cada uno de ellos retrocede ante la necesidad de cumplir la cruel sentencia, prefiriendo exponer el bebé en el bosque antes que quitarle la vida violentamente. Es la ignorancia y no la crueldad la que mantiene el infanticidio, y en lugar de moralizar a los salvajes con sermones, mejor harían los misioneros siguiendo el ejemplo de Veniaminoff, que cada año,

hasta una edad muy avanzada, atravesaba el mar de Okhotsk en un mal barco, o viajaba haciéndose llevar por los perros entre sus amigos los tchuktchis, y les proveía de pan y de instrumentos para pescar. De este modo —me lo dijo él mismo— llegó a suprimir completamente el infanticidio.

Lo mismo puede decirse de la costumbre que observadores superficiales llaman parricidio. Hemos visto hace poco que la costumbre de abandonar a los viejos no está tan extendida como pretenden algunos escritores. Se ha exagerado de modo enorme esta costumbre, pero la costumbre de abandonar a los viejos se encuentra ocasionalmente en los salvajes; en este caso tiene el mismo origen que el infanticidio. Cuando un «salvaje» siente que es una carga pesada para su tribu; cuando cada mañana ve que su parte de alimento reduce la de los hijos, que no son tan estoicos como sus padres; cuando ve que cada día tienen que transportarle en hombros de los más jóvenes a través de los bosques o de largos pedregales (allí donde no hay carruajes, ni indigentes para arrastrarlos), comienza entonces a repetir lo que los viejos campesinos rusos dicen aún en nuestros días: *Tchujoi vek zaiédáiu, porá na pokói* (Vivo la vida de los demás; es tiempo de retirarme). Y se retira. Hace como el soldado en caso parecido. Cuando la suerte de su batallón depende de una marcha de frente y él no puede ya marchar más y sabe que morirá si queda rezagado, el soldado ruega a su mejor amigo que le haga un último favor antes de abandonar el campamento. Y el amigo descarga con mano temblorosa su fusil sobre el cuerpo del moribundo. Y esto es lo que hacen los salvajes. El mismo viejo pide la muerte; insiste sobre este último deber para con la tribu. Abre él mismo su tumba e invita a sus parientes a una última comida de despedida. Su padre obró de igual modo; ahora le toca el turno a él y se separa de su clan dándole pruebas de afecto. Tan cierto es que el salvaje considera la muerte como una parte de sus deberes para con la comunidad, que no tan sólo niegase a que lo salven (como cuenta Moffat), sino que una mujer que debía ser inmolada sobre la tumba de su marido, y que fué salvada por unos misio-

neros y conducida a una isla, se escapó de noche, atravesó a nado un ancho brazo de mar y fué a reunirse con su tribu, para morir sobre la tumba. Esto se ha ido convirtiendo en ellos en un asunto de religión. Pero en general los salvajes experimentan tanta repugnancia a quitar la vida a nadie fuera de un combate, que ninguno de ellos quiere encargarse de verter sangre humana. Recurren a toda clase de extratagemas, que han sido interpretadas muy falsamente. En la mayor parte de los casos abandonan al viejo en el bosque después de haberle dado más que su parte de comida común. Ha habido expediciones árticas que han hecho lo mismo cuando no pudieron ya llevar consigo a sus compañeros enfermos. «¡Vivid algunos días más! *Tal vez* llegue algún socorro inesperado.»

Cuando nuestros sabios occidentales se hallan en presencia de estos hechos, no pueden comprenderlos. Les parecen inconciliables con un alto desarrollo de la moralidad en la tribu y prefieren arrojar una duda sobre la exactitud de observaciones dignas de fe, en lugar de intentar explicar la existencia paralela de dos series de hechos, a saber: una moralidad elevada en la tribu al mismo tiempo que el abandono de los padres y el infanticidio. Pero si estos mismos europeos tuvieran que explicar a un salvaje que gentes en extremo amables, que quieren tiernamente a sus hijos, y tan impresionables que lloran cuando ven un infortunio simulado en el escenario de un teatro, viven en Europa a algunos pasos de tugurios donde los niños mueren literalmente de hambre, el salvaje, a su vez, tampoco comprendería esto. Me acuerdo de los vanos esfuerzos que hice para hacer comprender a mis amigos tunguses nuestra civilización individualista. No les entraba, y recurrían a las más fantásticas suposiciones. El hecho es que un salvaje educado en las ideas de solidaridad de la tribu—para el bien como para el mal—es incapaz de comprender a un europeo «moral», que no conoce nada de esta solidaridad, como son incapaces la mayor parte de europeos para comprender al salvaje. Pero si uno de nuestros sabios hubiese vivido algún tiempo con una tribu medio hambrienta, que a menudo no posee el

alimento de un solo hombre para los ocho días siguientes, probablemente comprendería entonces los móviles de los salvajes. Del mismo modo, si el salvaje hubiese vivido entre nosotros y recibido nuestra educación, tal vez comprendería nuestra europea indiferencia para con nuestros vecinos y nuestras comisiones parlamentarias para impedir el exterminio de los niños puestos a nodriza. «Las casas de piedra hacen los corazones de piedra»—dicen los campesinos rusos. Por de pronto precisaría hacer vivir al salvaje dentro una casa de piedra.

Iguales observaciones pueden hacerse respecto al canibalismo. Si tenemos en cuenta hechos que se sacaron a luz en una reciente discusión sobre este particular en la Sociedad Antropológica de París, así como de las notas accesorias diseminadas en las obras que tratan de los «salvajes», vémonos obligados a reconocer que esta costumbre debe tener asimismo origen en la presión de la necesidad. Más tarde fué desarrollada por la superstición y la religión en las espantosas proporciones que alcanzó en Méjico y en las islas Fidji. Está comprobado que presentemente los salvajes se ven algunas veces reducidos a devorar cadáveres en un estado de putrefacción muy avanzado, y que en caso de absoluta carestía han tenido que desenterrar cadáveres humanos para poder comer, hasta en tiempo de epidemia. Estos son hechos comprobados. Pero si nos trasladamos con la imaginación a las condiciones que tuvo que afrontar el hombre durante el período glacial, en un clima frío y húmedo, no teniendo sino muy poco alimento vegetal a su disposición; si tenemos en cuenta los terribles estragos que hacía el escorbuto entre los primitivos insuficientemente alimentados, y si nos acordamos de que la carne fresca y la sangre son los únicos reconstituyentes que conocen, nos es necesario admitir que el hombre, que al principio fué un animal granívoro, se convirtió en un carnívoro durante el período glacial. En aquella época encontraba a los renos, pero éstos emigran a veces hacia las regiones árticas y hasta abandonan enteramente un territorio durante varios años. En este caso desaparecen los últimos recursos del hombre. En terribles pruebas parecidas, los mismos

Europeos han recurrido al canibalismo. Esto han hecho los salvajes. En la época actual devoran a veces los cadáveres de sus propios muertos: entonces devoraron los cuerpos de los que iban a morir. Los viejos murieron convencidos de que con su muerte prestaban el último servicio a la tribu. Es por esto que ciertos salvajes representan el canibalismo como de origen divino, como alguna cosa ordenada por un mensajero del cielo. Más tarde el canibalismo perdió su carácter de necesidad y sobrevivió como superstición. Comiéronse a sus enemigos para heredar su valor. En una época posterior comíanse, con el mismo objeto, el ojo y el corazón del enemigo, mientras que entre otros pueblos que tenían numerosos sacerdotes y una mitología desarrollada, se inventaron los dioses malos, sedientos de sangre, y los sacrificios impusieronlos los sacerdotes para aplacar a los dioses. En esta fase religiosa de su existencia, el canibalismo alcanzó sus caracteres más repugnantes. Méjico es un ejemplo bien conocido, y en las islas Fidji, donde el rey podía comerse a cualquier súbdito suyo, hallamos asimismo una casta poderosa de sacerdotes, una teología complicada y un desarrollo completo de la autocracia. El canibalismo, hijo de la necesidad, convirtiéndose, en una época posterior, en institución religiosa, y bajo esta forma resurgió mucho tiempo después que hubo desaparecido de las tribus que ciertamente lo habían practicado en épocas precedentes, pero que no habían llegado a la fase teocrática de la evolución. Igual observación debe hacerse por lo que se refiere al infanticidio y al abandono de los padres. En ciertos casos, estas prácticas han sido asimismo conservadas como una supervivencia de los tiempos viejos, como una tradición religiosa.

01 51

01 51

01 51

Terminaré mencionando otra costumbre que da igualmente lugar a muy erróneas conclusiones: la costumbre de la venganza de sangre. Todos los salvajes viven con el sentimiento de que la sangre vertida debe ser vengada con sangre. Si alguno ha matado, debe morir; si uno ha

sido herido, debe verterse sangre del agresor. No hay excepción a la ley, ni siquiera por los animales; la sangre del cazador se verterá cuando retorne al pueblo, si hizo correr sangre de un animal. Es la concepción de la justicia de los salvajes, concepción que aún existe en la Europa occidental por lo que concierne al homicidio. Entre los salvajes, cuando el ofensor y el ofendido pertenecen a la misma tribu, la tribu y la persona ofendida arreglan el asunto. (Hay que hacer observar que en caso de sentencia de muerte, nadie quiere tomar sobre sí la responsabilidad de ejecutarla. Cada individuo arrojará su piedra o dará su golpe de hacha, evitando cuidadosamente dar un golpe mortal. Más tarde será el sacerdote quien herirá a la víctima con un cuchillo sagrado. Más tarde aún será el rey, hasta que la civilización invente el verdugo. Sobre el particular, léase lo que dice Bastian: «Un resto de esta antigua costumbre—me dijo el profesor E. Nys—ha sobrevivido en las ejecuciones militares hasta nuestros días. Hasta mediados del siglo XIX se tenía la costumbre de cargar los fusiles de los doce soldados designados para disparar sobre el condenado, con once cartuchos con bala y un cartucho en blanco. Como los soldados no sabían a cuál de ellos le había tocado el cartucho sin bala, cada uno podía consolar su conciencia pensando que no era él el homicida.»). Pero cuando el ofensor pertenece a otra tribu, y esta tribu, por uno u otro motivo, se niega a dar una compensación, entonces la tribu ofendida decide vengarse por sí misma. Los pueblos primitivos consideran hasta tal punto los actos de cada individuo como un asunto que obliga a toda la tribu, que nada puede hacerse sin haber recibido la aprobación general, llegando fácilmente a la idea de que el clan es responsable de los actos de cada miembro. Por consiguiente, la justa revancha puede ejercerse sobre no importa el miembro del clan ofensor o sobre uno de sus parientes. En Africa y también en otras partes, es una costumbre muy extendida que si se ha cometido un robo, el clan vecino debe devolver el equivalente de la cosa robada, y después buscar él mismo quién ha sido el ladrón. Puede suceder, sin embargo, que las represalias vayan más lejos que la ofensa. Inten-